

Un pedazo de pan donde sentarme

La espuma del café con leche desbordaba la taza. A la muchacha le gustaba comerla con la cuchara, hasta que no se vieran más que burbujitas. Entonces echaba el azúcar y la revolvía para mojar los bizcochos en el líquido. El desayuno en la terminal de ómnibus era nuestra ceremonia obligada entre aquella media urbe y la montaña absoluta. Desde fuera se colaba por la ventana la vida de Humahuaca. Sus altos cerros, la calle azul, la violenta pureza del cielo.

Allí era imposible distraerse de algunas imágenes de la puna: las mujeres con su infaltable sombrero de colores, un niño a la espalda, y en las manos artesanías y bolsitas de coca para vender; las jovencitas ya madura fruta a los catorce años; los niños que nacen sabios; los venerables ancianos con nubes en los ojos. Y después un viejo que, entre saludo y saludo a los vecinos, rezaba al prócer en el centro de la plaza. Sin que esa sucesión de imágenes comunicara el vértigo, Humahuaca con sus prodigios semejaba una especie de mar de la tranquilidad donde uno se hunde y nunca acaba de hundirse.

Era el día de la huelga en todo el país. Sin embargo, habíamos visto tres ómnibus en la terminal, uno de ellos en marcha; por eso fui hacia la barra del bar, a preguntarle al dueño. Vi a un muchacho de mi edad —lo digo porque es importante— tomando con cierta prisa una coca-cola. Decidí preguntarle a él, sobre la eficacia de la huelga en el transporte.

Volví a la mesa y comenté a la muchacha que me habían dicho que uno de los ómnibus aquellos funcionaba hacia Bolivia, pero nosotros necesitábamos viajar al sur. Y verdaderamente sentaba bien quedarnos ese día en la pulida paz de Humahuaca. Me contó que mientras yo charlaba en la barra, ella había observado en la puerta del bar a una bella mujer que le vendió lechugas al dueño. Le había dicho «aquí le traigo estas lechugas» la digna mujer de piernas flacas y espalda recta. Descolgó su hatillo del hombro, entregó dos plantas de un verde que podía hacernos enloquecer, cobró el dinero y se fue prometiendo volver al otro día con zanahorias «porque a la fecha no las había encontrado buenas». La muchacha agregó que asombraban los limpios, elegantes años de la vejez en aquella mujer. Y volvimos a decir que allí la gente no se agacha para pedir; que poseen una educación infinita, quizás insondable. Luego ella me dijo que tendría que contarle algo de mi conversación en la barra del bar, porque de allí había vuelto pensativo. Le contesté que sí, ya la contaría, que me había encontrado inesperadamente con alguien... y que a partir de eso, me trabajaba la pregunta acerca de dónde era yo, cuál era mi tribu. Luego salimos a caminar, a encontrarnos con la silente magia de aquel pueblo.

Uno sale a la calle y el sol lo galvaniza como si cayera a pique para siempre, y no nos dejara avanzar. Es una tierra exacta para los adoradores del sol. Ya habíamos empezado a sentir el aire seco, unos cien kilómetros antes de llegar a Humahuaca, cuando la vegetación decrece. A lomo de los cerros suben entonces tímidos, ralos los cardones como centinelas; después aumentan conforme faltan los árboles, hasta convertirse en una verdadera formación a la espera de milenarias consignas. Esporádicos, los ranchos de la carretera son de color sepia, greda rosa o marrón. Como acompañando el estado del aire, veíamos que brillaban más que el pueblo los cerros de colores al fondo de las calles. Daban enormes deseos de pensar a cielo abierto, en plena luz, en la tensa palpitación del presente. La muchacha dijo sentir que en Humahuaca la vida es vertical, aunque los descendientes de los indios collas tengan una historia milenaria. En sólo quinientos años podrían contar historias increíbles, sobrecogedoras, afirmé. Si apareciera el escritor que contara avatares del mundo desde el punto de mira de los collas ¡qué diferente sería el rostro intelectual de esta tierra!

En esas conversaciones y en otras se nos fue la mañana sin que yo le contara de mi encuentro en la barra del bar. Durante la hora de comer, en un restaurante típico, le iba a contar, no tanto la historia sino aquella sensación de tribu dispersada que el encuentro en la barra del bar me trajo de golpe. Había preguntado al muchacho que tomaba de prisa una coca-cola, sobre los alcances de la huelga de transportes. Él me dijo que un ómnibus había salido de Jujuy hacia el norte por la mañana. Y que en ése viajaba él.

Advertí en su manera de hablar ciertos gestos que me resonaron no sé de dónde, y a bocajarro le pregunté:

—¿No has sido de Córdoba, vos?

—Sí.

Y fui entrando, inexorable, en esa zona donde los presentimientos son la antesala de perogrullo.

—¿No eras de apellido Gómez?

Me jugué porque sus ojos, detrás de las oscuras gafas, aparecían más aptos para estar cerrados que abiertos. Parpadeaba constantemente, aunque fuera difícil verlo tras el cristal.

—Sí, yo te conozco. —Me dijo contraatacando.

—Claro. ¿Cómo está tu viejo?

Sin saber si su padre aún vivía o no, se lo dije para acercarme, quizá recoger las semillas sembradas quince o veinte años atrás.

—Y... ahí anda. Tirando como puede, sin nada, con una triste pensión.

Con esta respuesta del hijo recordé al viejo Gómez, su sindicalismo sencillo y transparente, siempre al lado de los que hablaban mejor. Vi su figura, el corpachón vestido con las camisas grises, de muy excepcional corbata obligatoria, chistoso y sonriente.

—Sí, hermano. Me lo imagino. Tu padre era de los que nunca sacaron nada en beneficio personal. Y por eso estamos como estamos. Tu padre, gran figura del sindicalismo. Y fijate...

Asintió. Luego me dijo que se tenía que ir porque el ómnibus había parado cinco minutos. Igualmente me contó que ahora vive en Bolivia conduciendo ómnibus de Oruro a La Paz. Algo le conté de mí, quizá sólo que, desde hace varios años, vivo en España. Después nos abrazamos y despedimos. También le habré dicho que yo fui de un sindicato, que de allí tendría que recordarme. O me dijo que en aquel tiempo, él iba a mi sindicato con su viejo, con su padre a todo sitio. Tiene casi mi edad, sin embargo ahora parece mayor que yo; siendo que antes para él —niñín de su padre—, yo era el mayor.

Bueno, estaba contándole eso a la muchacha en el restaurante de Humahuaca, y no sé hasta dónde he llegado. Sé que iba a entrar en una maraña que el olvido nos teje, y el azar de un manotazo rompe. Creo que iba a ponerme sentimental. Estaba en ello, con la palabra en la boca, cuando irrumpió un grupo de músicos con quenas, sikus, charangos, guitarras y bombos. Irrumpieron sonando fuerte con los aires de los carnavales. Enseguida me puse a seguir el ritmo con las manos y pies. No podía hacer otra cosa porque estaban casi pegados a nuestra mesa, como para salvarnos de recordar el olvido y la dispersión.

Las canciones se sucedieron, mientras con la muchacha acompañábamos el ritmo con las palmas, absortos en aquellos musiqueros abismales y festivos. Y ya me desvié del relato que contaba, quizás esquivando la repentina certeza de que al viejo Gómez no lo veré más. Y probablemente tampoco a su hijo, porque ahora vive en Bolivia que está a miles de kilómetros del pueblo y de las ciudades que seguro visitaré en otros viajes.

Después se acercaron niños a oír música; se lo hice notar a la muchacha, y enseguida, azorado entré a contarle mi relación con la música en el campo: en una infancia sin radio y promiscua de primitivismo, cuando anduve intentando dar voces articuladas al canto de los pájaros. Me entregaba a oírlos cantar largo rato hasta encontrarles un sonido de palabras. Aún recuerdo el kitifú-kitifú, venteveo-venteveo, kiokío-kio... Una manera de dibujarme el mundo con los sonidos y aquellas precarias palabras, dije, llevando la conversación hacia los juegos que el niño juega para entender la vida. Entonces ella se puso de pie y me invitó a bailar el carnavalito, una danza popular que no habíamos bailado nunca.

Rafael Flores

